

## NO ES BUENA CALLE PARA LA MODA

Desde 1869, en que la calle del Progreso se abrió al uso de los vecinos, nunca en su historia acogió tiendas relacionadas con la moda y el vestir y, menos aún, durante los años de esplendor de los dandys, los años veinte y treinta del siglo XX. Allí se volcó el poderío económico local en forma de hermosos edificios (el primero de 1840) que dejaban ver la transformación de un pueblo semi-rural en una ciudad más o menos moderna. La inauguración del Hotel Roma fue, sin duda, un atractivo más para la calle. De hecho, en la publicidad de los comercios contemporáneos se daba como dato de situación la proximidad al Roma.

En aquel tramo de la calle situada entre el Puente Mayor y la Alameda, se instaló la primera "bomba" de gasolina propiedad del señor Abejón. Las modernas eran clientas de la "Peluquería Linares". Pescadores y cazadores compraban sus armas en la armería "Marcial Feijóo" (1915) que allí sigue. "O se alquila" (1937), la primera autoescuela de chóferes, tenía allí su oficina y son numerosos los médicos que, atraídos por la afluencia de gente de la provincia que traían y llevaban los "coches de línea", montaban su consulta

en Progreso: los doctores Mosquera, Labajos, Celso Fernández, Vázquez de Parga, el dentista Cobas, Guitián, Peralba, Bravo, Amor y otros. Las grandes Farmacias de aquel tiempo estaban allí: la de Bouzo (abierta y ojálá por muchos años) y Fábrega.

No menos importantes eran los Cafés "El Moderno" y el "Colón" en donde se proyectaban películas todos los días. Los "larpeiros" visitaban con frecuencia la pastelería "La Trinidad" y la fábrica de caramelos de don Bernabé Vecino. La única representación de la moda la ostentaban la sombrerera Elena Sancho (1912) y el almacén de tejidos "La isla de Cuba" que abre el mismo año que el Roma. Buenos negocios eran las Ferreterías "Llamas", el "Tornillo" y "González". Especial actividad daba a la calle la presencia del actual edificio de la Diputación, en donde desarrollaban su actividad la Audiencia, la Caja de Ahorros, la Biblioteca Provincial, los Juzgados y otros organismos. Y no olvidar la importancia comercial de la Banca y los Almacenes Simeón. La decadencia del Progreso comienza con el derribo, a pesar de estar incluido en un catálogo que supuestamente los protegía, de algunos de sus edificios (el primero el Roma) y la invasión de los coches que convirtieron la calle en un lugar poco comercial y difícil de vivir.

Maribel Outeiriño.

Usta da rúa Progreso. Anos 60.  
Propiedade: Museo Etnolóxico  
de Ribadavia.

